

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Este tiempo pascual que se aproxima me hace pensar en el viejo Fausto. Unión de símbolo, lirismo y sátira, con algo de caótico es *Fausto* la última obra de alto significado poemático, semejante al de la *Divina Comedia*.

A Goethe, por *Fausto*, obra de su madurez, se le ha considerado como un semidiós. Yo rebajaría algo esta talla, sobre todo si pienso con cuánto menos aparatado, sin pedantería ninguna, ha mostrado Cervantes el cuadro completo del destino humano y de la lucha del hombre con ese destino.

Hay en Goethe una fuerza de cálculo, una aplicación y concentración de todas las energías de su ser a una idea, de propio engrandecimiento y de trabajo ardiente, que recuerdan, en estos momentos críticos para la humanidad, la raza a que pertenece, la mentalidad alemana. *Goethe über alles*, parece clamar Fausto a cada renglón. Nada le distrae de su tarea. Pasa una mujer que le interesa, y se desvía. ¡Esta mujer me costaría dos años de mi tiempo! Su impasibilidad de bronce era la coraza de su genio. No se sabe si bajo tal coraza latía un corazón. Acaso sí, pero comprimido y ahogado. Por eso exclamaba *Stund ich, Natur! Vor dir ein Man allein!* «¡Oh naturaleza, naturaleza! ¡Ante ti, ser solo un hombre y nada más que un hombre! ¡Eso valdría la pena de ser hombre!» El pobre alcaballero, el preso de Sevilla, el cautivo de Argel, era, ante la naturaleza y ante el vasto mundo, un hombre, y nunca pretendió ser semidiós. Tal vez lo haya sido, por la misma causa.

En Goethe, la razón domina a la inspiración. Es tan superior la inspiración a la razón, en la poesía, que siendo defensible la superioridad de la segunda parte de *Fausto*, lo único que ha llegado a la humanidad es la primera, en la cual hay algo de sentimiento y de realidad. La segunda parte de *Fausto* es una ambiciosa concepción, ejecutada con arte soberano...; pero siempre marcada con un sello de voluntad, más que de inspiración.

Y ahora, compárese el personaje de Fausto con el del hidalgo manchego. Don Quijote es infinitamente más simpático, aunque Fausto, con sus incessantes agitaciones, sea también un tipo profundamente humano. No en balde *Fausto* es obra del romántico autor de *Werther*. Es un alma insaciable, que busca lo que la humilde y sencilla Margarita encontró desde el primer momento: la salvación, el bien.

No cabe duda que Fausto es la imagen de la humanidad: tal fué la vasta concepción de Goethe. No se puede negar su grandiosidad. Aparece esta epopeya en un país donde, según Goethe, no hay obras maestras; pero todo el mundo ha leído demasiado. Estas y otras preocupaciones intelectuales del autor se traslucen en las páginas del libro. Es Goethe, ante todo, el soberano literario que ha sido venerado por una generación, y que ve surgir otras nuevas, jóvenes, prontas a discutir, a olvidar su soberanía. He aquí la parte personal que existe en el *Fausto*, y acaso no es la única. Fausto, como veremos, en muchos respectos es el mismo espíritu de Goethe. No desmiente así su filiación romántica. No así el *Quijote*. Nunca Sancho ni el Ingenioso Hidalgo son realmente su autor. Pura y libre de subjetivismos nació la concepción poética en la mente del Manco.

Según el consejo del bufón, en el prólogo de *Fausto*, el *Quijote* está cortado en pleno paño de la vida humana; la vida que todos viven y que pocos conocen; y, acertando con la vida, el interés no faltará, opina el bufón. Mefistófeles, en el prólogo, nos

lo dice: el dioscello del mundo, el hombre, viviría algo mejor si Dios no le hubiese dado, con la razón, un reflejo de la luz celeste, del cual se sirve para ser más bestial que los irracionales. Por eso Fausto, símbolo de la humanidad, en su angustia, desdeña lo terrestre, boga en el espacio, y semiconsciente de su locura, pide al cielo las estrellas más hermosas, a la tierra goces sublimes, pues no hay nada que calme la insaciable aspiración de su pecho. Conociéndole, Mefistófeles solicita tentarle, extraviarle. El Señor se lo concede con confianza. No duda del fracaso del espíritu maligno.

Por su parte, Fausto, en su vida de sabio encerrado en un laboratorio, ha visto la inanidad de la ciencia ante los grandes problemas, y se entrega a la magia para conocer el misterio del mundo. Notad qué diferencia con el loco de Cervantes: éste es un afanoso de acción: no quiere rasgar el velo de misterio alguno, sino realizar proezas superiores a las fuerzas humanas. La magia, que también juega en su asunto, toma el aspecto de los malignos encantadores, que impiden o malogran sus magníficas hazañas. Y el ansia de Fausto es libertarse de la inquietud científica, y bañarse, a la luz de la luna, en el rocío.

Por último, Fausto, cansado, piensa en el suicidio. La copa envenenada que acerca a sus labios cae de ellos al oír los cánticos que celebran la Pascua y la resurrección de Cristo, la alegría de la nueva Primavera. Y Fausto define la esencia de la vida. Al principio era el Verbo... No, al principio era el espíritu... No, al principio era la fuerza... ¡Tampoco! Al principio era la acción... Entonces aparece Mefistófeles, «la fuerza que quiere el mal y hace el bien», el espíritu que niega, que desea la ruina de todo y cuyo elemento es el pecado y la destrucción. Vanos deseos: el mundo resiste; hay algo que se opone a la nada; siempre circula sangre joven. Fausto se entrega al brujo. Si logra un momento de reposo en el seno del goce, que sea de Mefistófeles su alma. Y Fausto peregrina desde la blanca alcoba de Gretchen al complaciente domicilio de la Celestina Marta, y al jardín donde la inocente pregunta al sabio si cree en Dios, origen de tan admirable respuesta, y por último a las montañas del Harz, en la noche de Valpurgis, entre brujas y chivos y hermosas hechiceras a quienes, bailando con Fausto, les salen ratones encarnados de la boca, viendo el espectro de Gretchen, que hiela la sangre. A estas escenas suceden los esplendores de la corte del emperador, el bullicio de las mascaradas; y desfilan las Gracias y las Parcas, convertido Fausto en Plutón, en plena magia, porque la magia es el alma del poema, es su substancia misma, ajena a la realidad; y ya esto sólo lo diferencia profundamente de la concepción de Cervantes, donde ni una superstición encuentra acogida.

Mágico es también el imitado incendio del palacio del Emperador, el cual, con buen sentido, evoca el recuerdo de *Las Mil y una Noches*. Pero la noble esencia de Fausto, del héroe, pasa por cima de esta mascarada y va más allá, al fondo del pensamiento. Es él quien arrastra a Mefistófeles y se lanzan, con ardor, a conocer a las Madres, las misteriosas Madres, principio de cuanto es y ha de ser, que habitan en el reino de lo increado. «La teotía es gris, y el dorado árbol de la vida es verde», dice Mefistófeles. Fausto, sin embargo, no retrocede y al través de los espacios, de las soledades, sin camino ni oriente, en el vacío, va a buscar a las extrañas diosas. Por el misterioso tripode y la llave mágica hace reaparecer la belleza en Helena y Paris. Luego viene la noche clásica: también, según el dicho de Mefistófeles, los espectros pueden ser clásicos y no románticos. Y sobre este conjunto se destaca la frase de Manto: «Me gusta el que sueña lo imposible.»

Y el sábado clásico no es menos fecundo que el aquelarre romántico en vestiglos, fantasmas, endriagos y pigmeos, dáctilos, grifos, hormigazos, grullas, larvas, marmidones, espectros de viejos filósofos que discuten sobre las teorías plutónica y húmeda, forquias, driadas, hasta que al fin asoman los mitos graciosos: nereidas, tritones, sirenas, bajo la luz amorosa de la luna. Y luego, los telquinos, fundidores y forjadores, hermanos menores de Vulcano; los pueblos fabulosos, Galatea en triunfo. Son innumerables y confusas las apariciones de la noche clásica; pero vienen a parar en la unidad y el amor.

Un trozo hermosísimo encierra el poema: es en el tercer acto, el episodio encantador, superior al de Gretchen, de Helena en Esparta, en el palacio de Menelao, que le prepara el sacrificio, y donde la rescata Fausto, haciendo del amor de la Edad antigua y la Edad media romántica aquel Euforión, símbolo de toda poesía. Los que buscan simbolismos en el *Quijote* deben buscarlos en el *Fausto*, que los encierra a millares. Y, al final, vendrá la remi-

niscencia de otro gran poema que abarca todo el panorama del humano destino: encontrarán un reflejo de la *Divina Comedia*, un final de mística ascensión al cielo. Como la ciencia no puede satisfacer al alma humana, es «lo insuficiente», *das unzulängliche*, lo que conduce a la unión con Dios; lo inenarrable, lo indescriptible, *das unbeschreibliche*; y lo que no alcanza la inteligencia se resume en *das ewigweibliche*, lo supremo y eterno femenino, que muchos creen alusión licenciosa y no es sino lo sumo de la pureza y santidad, la Virgen madre, la Mujer bienaventurada, a quien el doctor Mariano, el franciscano Dunsio Escoto, implora faz contra tierra, y a quien por las oraciones de la penitente que antes se llamó Gretchen concede Dios la salvación final del Doctor Fausto. Este sentido místico del poema resume toda la Edad Media, toda la concepción teológica y caballeresca de la Mujer; es el edificio gótico en que trabajaron reunidos los bárbaros del Norte y los latinos decadentes. Como en el *Quijote*, todo para en una Dulcinea, en una mujer ideal; pero lo que la imaginación del hidalgo manchego concibe tan fácilmente, Goethe ha tenido que prepararlo con titánico esfuerzo mental, por medio de una serie de trincheras de erudición, filosofía, historia, mitología, fábula, evocando todo el pasado, todos los títulos de gloria y de lucha de la vieja humanidad al través de los mundos. Y esto bastaría para dar al *Quijote* su diploma de espontaneidad soberana, que le hace español por esencia, presencia y potencia.

Así la obra de Goethe es bien nacional para Alemania, y el autor de *Fausto* encarna la concepción de la raza, plenamente. Intuición, esfuerzo, intensidad, todo el vigor corporal y espiritual condensado para producir un monumento — o para producir una guerra, una conquista —. Y no será yo quien niegue el valor de la voluntad, su mérito, su inmensa transcendencia en el destino humano. Y en don Quijote hay, sobre todo, un héroe de la voluntad, porque la alucinación es una cosa y la voluntad otra, y aunque Don Quijote tome por gigantes a los molinos de viento, no por eso deja su voluntad de ser diamantina, en cuanto al propósito de ejercitarla para realizar el ideal caballeresco. Cervantes, sin embargo, no es una voluntad regularizada e intensificada para el mayor rendimiento y fruto, como vemos que es la de Goethe. Hay en Cervantes el descuido artístico, la llama encendida por casualidad (o punto menos).

Y he aquí cómo los pueblos, en sus evoluciones, marchan en el sentido que sus grandes hombres les señalan; y he aquí cómo, a su vez, los grandes hombres representan a los pueblos y, antes de que la conciencia nacional llegue a su plenitud, la encontramos bien afirmada en los grandes hombres. Goethe expresa a Alemania en todas sus fases, y el *Fausto* es el poema germánico, lo mismo que el *Quijote* es el poema latino, más aún que la *Divina Comedia*.

No por eso he de convenir con los intelectuales parisienses a quienes *El Imparcial* consultó, en que Don Quijote era un caballero francés. Bueno estaría que preguntásemos la opinión de un cocinero sobre los chorizos de Candelario, y contestase, alabándolos, que eran unas verdaderas salchichas provenzales. Cepos quedos, me han dado ganas de exclamar muchas veces al leer esa información: no nos quiten hasta el *Quijote*, aunque sea para decirnos cosas de miel. No; el *Quijote*, tate, tate, que nos lo dejen, pues no somos tan ricos que podamos perder nuestra mejor prenda. Y tengan en cuenta que soy bastante imparcial, y hasta declaré paladinamente que andaban manos de arquitectos franceses en algunas espléndidas catedrales españolas.

Con que nos arrebaten el *Quijote*, y el centenario de Cervantes se quede en proyecto, hemos hecho buena feria, pardiez, en este año de gracia de 1916, en que la guerra ni se acaba ni se acabará, es indudable.

Cualquiera que sea el resultado, venza Fausto o venza Quijano el bueno (no negaremos que, por extensión, Don Quijote puede representar el ideal latino, llamémosle así impropriamente), el mundo va a girar sobre su eje, va a sufrir un cambio radical, y serán revisados y tal vez despreciados los valores que obtuvieron alza en el curso del siglo XIX. Pero el papel de Cervantes se mantendrá firme. El tiempo acrecienta su valía. La polilla no lo roe.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

L
Ya esta
nes. Porq
en que ha
gráficas, y
Estas elec
que otras.
no en cor
cheras, no
dada la ge
Lo den
Cortes, y
decir: dol
datos eleg
gastado u
te, parece
tamente,
acerba de
plida den
que suce

Como i
que se lla
res e intel
primero
responde
fieso que
¿Por qué
de la afir
He aquí
Quijote, c
un loco c
la lectura
ficciones,
den de F
Rey Artú
jes más c

Por est
masen a
que el pri
mo Cervi
vo autor
dación
Garci Or
gen de lo
pañol es
jote enco
de Espla
bién es e
Antonio
tega es
mente E
que anón
el arregra
y hechos
lla de R
Palmerín
tor de E
el de Ti
ban en l
objeto d
el Barbe
por lo ci
don Qui
cual pue
llero fra
Hay c
por E
al Hidal
clara qu
las naci
más, con
similar.